

Sería de desear que el clero fuera á la cabeza de ese movimiento que impele los ánimos á la instrucción. 2.º Para conservar los conocimientos adquiridos; fácilmente se olvida lo que se sabe; nos lo recuerda Benedicto XIV y San Alfonso de Ligorio; y nos lo demuestra la experiencia.

PUNTO SEGUNDO.—*Ventajas grandes del estudio eclesiástico.* Favorece y protege la virtud sacerdotal. La favorece por medio de la vida retirada, por el recogimiento, por el espíritu de sacrificio y por el ejercicio legítimo de las facultades intelectuales. La protege. El estudio encadena la imaginación, espiritualiza al hombre y lo libra de la tiranía de los sentidos. Cuando se trata de la ciencia divina, sumergir el espíritu en el estudio, es elevar nuestro corazón al Cielo.

PUNTO TERCERO.—*Disposiciones necesarias para este estudio.* La ciencia tiene también sus inconvenientes. *Scientia inflat.* Puede que alimentando nuestro orgullo, debilite y destruya en nosotros la piedad. Sazonemos y santifiquemos el estudio por la oración á ejemplo de los santos y en modo especial, de Santo Tomás. Según la recomendación de San Bernardo, no debemos proponernos otra cosa en nuestros estudios más que nuestra propia santificación y la del prójimo.

MEDITACIÓN LXXXVI

19 de Marzo.—SAN JOSÉ.—*Sus privilegios y grandezas*

- I. Como esposo de María.
- II. Como padre nutricio de Jesús

Nuestra devoción á un santo cuyo nombre asociado á los dulces nombres de Jesús y María, y como una tercera gota de miel en la boca de sus devotos, exige que le rindamos un triple homenaje: el de nuestra veneración por sus grandezas, el de nuestra imitación por sus virtudes, y el de nuestra confianza por el poder y la voluntad que tiene de asistirnos eficazmente. Ese postrer culto se refiere directamente á su patrocinio; meditaremos sobre ello el día en que la Iglesia celebra su fiesta. Meditemos hoy y mañana

sobre los privilegios y virtudes del esposo de María, padre adoptivo de Jesús: *Jacob autem genuit Joseph, virum Mariæ, de qua natus est Jesus* (1).

PUNTO I

Privilegios de San José como esposo de María: *Virum Mariæ*

Hé aquí el primer privilegio que le da derecho á nuestra profunda veneración y á nuestras felicitaciones. El mismo fulgor con que brilla la Santísima Virgen á los ojos de la fe, se refleja en aquél que Dios le ha dado por esposo. ¿Pudo nunca haber unión más perfecta? ¿Quién tenía que ser el dichoso mortal escogido por el Señor entre todos los hombres para compartir los destinos de su Madre? Esta sola preferencia eleva á San José á una dignidad casi tan gloriosa para él como lo fué para la Santísima Virgen su maternidad. Lo mismo que Ella puede exclamar en medio de los sentimientos de admiración y reconocimiento: *Fecit mihi magna qui potens est.* ¡Oh! ¡Cuánta honra y felicidad encierran estos dos solos vocablos: *Virum Mariæ!* María, la criatura del todo divina, ensalzada por encima de todas por tantos privilegios: Concepción Inmaculada, parto virginal, muerte de amor, anticipada resurrección, triunfante Asunción... María, adornada de todas las virtudes, de todas las perfecciones compatibles con la naturaleza humana: María, á quien todos los doctores, todos los santos, todas las lenguas, todas las generaciones han alabado y alabarán continuamente.... María ha recibido de la mano del mismo Dios un esposo digno de Ella; y este esposo es José: ¿no es eso bastante para que podamos decir que no ha tenido semejante en gloria y honor? *Non est inventus similis illi* (2).

¡Oh afortunado José! así me explico el que no hayáis echado de menos el trono de David, el cetro de Judá.... la cualidad de esposo de María vale mucho

(1) Matth., I, 46.

(2) Eccli., XLIV, 20.

más que todos los tronos del universo. Decidnos, si podéis, el dote que os ha traído esta admirable Esposa, y los frutos que habéis recogido de esta divina unión. Decidnos los tesoros espirituales con que os enriqueció la presencia continua durante treinta años, la conversación, la oración, la caridad ardiente de Aquella en quien Dios había derramado la plenitud de sus gracias, y que amándoos como jamás esposa alguna amó á su esposo, ningún beneficio gozaba que no compartiera con vos. Encendida en los sentimientos de su Hijo ¡cómo lo abrasaría todo con el fuego sagrado de su divino amor! (1) ¡Con qué centellas inflamaría el corazón de José, tan bien dispuesto para los celestiales favores!

¡Oh Sacerdote! felicita á San José, admira su vocación; pero piensa en la tuya. Como esposo de María, San José es el jefe de la Sagrada Familia. Nada se ejecuta allí sino por orden suya y bajo su dirección. A él se dirigen los ángeles, ora cuando se trata de huir á Egipto, ora cuando hay que volver á la Judea; á él lo mismo que á la augusta Virgen le es revelado el nombre adorable del Niño. Dios lo ha constituido jefe de su casa, dueño y señor de María, la cual guarda con fidelidad respecto á él la ley impuesta á todas las esposas: *Mulieres subditæ sint viris suis* (2). Le ha confiado lo que tiene de más querido; *Constituit eum dominum domus suæ, et principem omnis possessionis suæ*. Lo hace su agente, su ministro en el asunto de un misterio que todavía no es tiempo de manifestar al mundo..... ¡Oh Sacerdotes! ¿No es por ventura eso mismo lo que representáis vosotros en la Iglesia, en esta casa de Dios, donde ejercéis tan sublimes misterios, donde cooperáis á sus misericordiosos designios?

Como esposo de María José fué su insigne bienhechor; salvó su honor y su vida. Adquirió grandes derechos á su gratitud por todo lo que hizo y sufrió por su Hijo y por Ella..... ¡Virgen Santa, cuánto de-

(1) Luc., XII, 49.

(2) I Pet., III, 1.

béis también á los buenos Sacerdotes! Sin ellos, ¿podrían estar vuestros altares tan adornados? ¿Se celebrarían vuestras fiestas? ¿Tendría cultos y altares? Les debéis más que vuestra gloria, pues ellos procuran la de vuestro Hijo. ¿No es su celo el que le da á conocer y le hace adorar? ¡Oh Dios mío! ¡Me habéis llamado á regocijar el corazón de vuestra Madre; estoy en un estado en el que tengo mil medios para asegurarme su ternura: seáis por siempre bendecido! ¡Y no ceséis jamás, os lo suplico, de aumentarme el amor hacia Ella! Cuando ese amor sea perfecto, ya no tendré otra cosa que desear, ni en el Cielo donde todo contribuirá á mi felicidad, ni en este mundo, porque el amor de María despega el corazón de él, y también porque nada mundano puede agrandar ni perjudicar á sus fieles servidores.

PUNTO II

Privilegios de San José como padre de Jesús

De qua natus est Jesus. Este título es consecuencia del primero: *Si vir Mariæ*, dice San Jerónimo, *et pater Dei est*. El espíritu queda confundido contemplando las grandezas de San José. Vedlo asociado, por decirlo así, á la divina paternidad puesto que él es el padre de un Hijo que es también Hijo único del mismo Dios; padre no sólo por simple denominación sino por delegación del mismo Padre Eterno, el cual le da sobre el Verbo Encarnado los mismos derechos que tiene un padre sobre su hijo; padre por obra del Espíritu Santo el cual ha creado en él un corazón paternal en toda su perfección, y le ha dado para Jesús todos los sentimientos, todas las emociones, todo el desprendimiento de un padre. Lo que no era por naturaleza vino á serlo por gracia. Lo mismo que María él queda lleno de admiración y de gozo cuando le predicen las grandes cosas que hará el divino Infante. *Erat pater ejus et mater mirantes super his quæ dicebantur de illo*. Lo mismo que Ella queda

traspasado de dolor cuando cree haber perdido al objeto de su amor. ¡Con qué ansiedad, con cuántas lágrimas lo buscan en Jerusalén! *Regressi sunt in Jerusalem, requirentes eum!* «¿Dónde está? ¿Qué ha sido del depósito precioso que el Cielo nos ha confiado?» ¡Qué profunda aflicción; y cuán bien conocía María el corazón de José, cuando le dijo á Jesús después que lo hubo hallado: *Ecce pater tuus et ego dolentes quærebamus te!*

¡Admirable paternidad tan consoladora para nosotros como gloriosa para San José! ¿Pudo acaso llegar á ser padre del Hijo de Dios sin serlo de sus hijos adoptivos? ¿No es verdad que el padre de Jesús debe mirar como hijos á los que Jesús mira como hermanos? Sí, gran Santo, tenéis corazón de padre para el Verbo hecho Carne, y entrañas también paternales para aquellos que en El y por El han sido hecho hijos de Dios. Queremos compartir con Jesús los sentimientos que tuvo para con vos, su ternura filial, su respeto, su abandono lleno de confianza.

No dejemos de meditar tampoco las inapreciables prerrogativas que obtuvo San José por esta celestial paternidad, y de las cuales participan todos los buenos Sacerdotes. Como padre de Jesús está encargado de alimentarlo. Aquél que da de comer al que tiene hambre (1) se humilla hasta recibir la comida cotidiana de un pobre artesano que no tiene más recursos que su trabajo. José sostiene la vida de Jesús con el sudor de su frente; pero ¡qué llevaderas resultan sus fatigas! ¡Sostiene una vida que ha de ser la salvación del mundo! ¿Qué es lo que alienta al buen Sacerdote en sus sacrificios? Este pensamiento: me fatigo; abrevio quizás mis días; pero Jesús vivirá y reinará en los corazones; contribuyo á la salvación de las almas.

Como padre de Jesús, José está encargado de guiarlo. Guía exteriormente á Aquél que todo lo rige en el universo con sabiduría infinita; manda sobre Aquél cuyas órdenes ejecutan los Cielos y la tie-

(1) *Qui... dat escam esurientibus.* (Ps. CXLV, 7.)

rra: *Et erat subditus illis.* ¡Cosa asombrosa! Los historiadores de la vida del Señor no tienen otra cosa que decir de los diez y ocho años de una vida que fué una serie no interrumpida de prodigios, sino esas tres palabras. Quisieron sin duda llamar nuestra atención sobre la gran maravilla de un Dios por tanto tiempo y tan perfectamente sumiso á un hombre, maravilla que vemos perpetuarse en medio de nosotros por el ministerio sacerdotal: ¿pensamos en ello bastante? ¡Oh Sacerdotes! ¿Qué es lo que hacéis en el altar? ¿No ejercéis por ventura sobre el mismo Dios una autoridad todavía más sorprendente? José mandaba á Jesús en los días de su vida mortal y humillada; y vosotros disponéis de El á vuestro antojo, estando El en su trono de gloria.

Como padre de Jesús José está encargado de protegerle, defenderle y cuando haga falta, salvarle. Lo salva en efecto cuando lo sustrae del furor de Herodes... Este insigne honor ¿será para él solo? no; que también lo encuentro en el buen Sacerdote. También él es el protector y en cierto modo el Salvador de Jesús. Protege su gloria contra los ultrajes de la incredulidad, de la impiedad y del libertinaje. Protege su adorable presencia en la Eucaristía contra las irreverencias y profanaciones sacrilegas; protege su vida en las almas contra el pecado mortal que lo destierra. Si con mi celo impido una grave infracción de la divina ley, en términos de San Pablo, yo libro á Jesús de una nueva crucifixión (1).

Como padre de Jesús, en fin, recibe José el testimonio del tierno afecto que tanto contribuye al consuelo y dicha de los padres. Penetremos si queremos hacernos cargo de una escena verdaderamente conmovedora en el interior de la Santa Familia; contemplemos á José: él que tiene en sus brazos al Niño que le llama padre, que le prodiga las más tiernas caricias y provoca las suyas. ¡Oh! ¡Cuánta dicha inundaría entonces el corazón de aquel venturoso

(1) *Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei.* (Hebr., VI, 6.)

padre! Y el Sacerdote comulgando todos los días, ¿puede decirse menos privilegiado que San José? Posee el mismo bien y aun de una manera más íntima... Dios mío, dadme la pureza, dadme la caridad de ese gran Santo y nada tendré ya que envidiarle.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Privilegio de San José como esposo de María.*—Todo el resplandor que despide la Santísima Virgen á los ojos de la fe se refleja en San José. ¿Cuál no debió ser aquél á quien Dios mismo se dignó escoger entre todos los hombres para compartir los destinos de su Madre, para ser su protector y su sostén! José es el jefe de la Sagrada Familia, nada se ejecuta allí sino por orden suya y bajo su dirección. A él se dirigen los ángeles. Dios lo hizo su agente en el asunto y ejecución de uno de sus más altos designios ¿y el Sacerdote?

PUNTO SEGUNDO.—*Privilegio de San José como padre de Jesús.*—Dios le otorgó sobre el Verbo Encarnado los mismos derechos que tiene un padre sobre su hijo. Lo que no era por naturaleza lo vino á ser por gracia. Como padre de Jesús está encargado de alimentarle: José sostuvo la vida de Jesús con el sudor de su frente. Está encargado de guiarle; manda á Aquél cuyas órdenes ejecuta toda criatura. Está encargado de defenderlo y salvarle; le sustrae del furor de Herodes, y viene á ser con eso el salvador del Salvador del mundo. Como padre de Jesús, en fin, recibe José el testimonio de sus más tiernas caricias que es lo que constituye la felicidad de los padres. ¡Oh! ¡Si yo pudiera también tomar parte en esos favores de que fué colmado San José! Dios mío, dadme su pureza, su desprendimiento, su caridad y nada tendré que envidiarle.

MEDITACIÓN LXXVII

Tres virtudes de San José propuestas particularmente á la imitación de los Sacerdotes

- I. Su fe viva.
- II. Su profunda humildad.
- III. Su esperanza inquebrantable.

PUNTO I

Fe viva de San José

Cuando Dios tiene predestinado á un hombre para grandes cosas lo adorna de todas las gracias que convienen á su vocación y le pone en condiciones de cumplirla dignamente. Antes de elevar á San José á la dignidad de esposo de María y á los ministerios que con ello estaban enlazados, lo preparó con el don de una fe viva. La dicha de María consistió en haber creído: *Beata quæ credidisti*. Esto mismo fué lo que formó la felicidad de San José. Cree que por poder divino la más fecunda maternidad no es incompatible con la virginidad más pura, y que María ha sido llamada á realizar esta maravilla. Cree que este pobre Niño que ha nacido en un portal desprovisto de todo es el Rey de los reyes, el Criador del universo, la alegría de los ángeles, el terror de los demonios. Cree que el Hijo de Dios, venido al mundo para salvar á los hombres, se ha humillado hasta querer en cierto modo ser salvado por un hombre; y que él, José, habiendo sido elegido para un fin tan sublime, debe llevarle á Egipto á través de los desiertos aunque parezca que semejante huida está no sólo llena de peligros, sino que es hasta impracticable. Pero él cree no obstante estas aparentes imposibilidades. La simplicidad de su fe que es lo que constituye su mérito le alcanza esta luz sobrenatural que vendrá á ser su recompensa. Ella se alimenta

de todo lo que ve, de todo lo que comprende; se fortifica por los obstáculos, y Dios pronto se mostrará casi sin velo á su fiel servidor, le revelará sus secretos, le comunicará sus designios... le hará penetrar en las profundidades del misterio del Verbo Encarnado.

De ahí procede ese profundo respeto que no pierde nunca aun en el trato más familiar con el niño Jesús, ni en medio de la autoridad que ejerce sobre El: al par que le manda le adora. De ahí esa dulce y continua contemplación de las delicias de la vida futura que ya comienza á gustar en esta vida.

La santidad y la bienaventuranza son los frutos de la fe viva. Por la fe creemos en lo que no vemos; por la fe viva vemos en cierto modo aquello en que creemos. La fe, dice San Agustín, es el ojo del corazón. Si su mirada es penetrante, si atraviesa las nubes, si llega á entrever los divinos resplandores, entonces el amor de Dios se inflama; y el amor de Dios en la plenitud de su elevación ¿no constituye acaso la perfección en esta tierra y la felicidad en el Cielo? ¡Oh! ¡Cuántas ventajas trae consigo para el Sacerdote esta fe, lumbrera resplandeciente, encendida en los ardores del divino amor! El sacerdocio, dice San León Papa, es una profesión de fe y caridad (1). Exige hombres sobrenaturales y divinos. ¿Dónde encontraríamos esos arranques generosos, ese celo desprendido, esa paciencia, esa tierna compasión, necesario todo ello á los que deben salvar las almas, si la fe no nos enseñara lo que ellas valen? ¿Cómo podríamos estar en el altar con esa profunda piedad y sagrado recogimiento que nos debe inspirar la presencia de Jesucristo, si no sintiéramos, por decirlo así, los rasgos de su gloria á través de las apariencias que lo ocultan á los ojos de la carne?

(1) Epist. 28.

PUNTO II

Humildad de San José

Dos cosas hay que en una alma menos iluminada ó menos fiel, hubieran servido de escollo á esta virtud; y en él sirvieron para consolidarla más y darle mayor grado de esplendor: las humillaciones á las cuales Dios le sometió y las gracias de que le colmó.

Era San José oriundo de la más ilustre familia del universo; era ella la que debía dar al mundo el Redentor; veintitrés reyes son sus ilustres antepasados; y sin embargo se halla el Santo reducido á la indigencia; y para no sucumbir bajo el peso de la miseria se ve obligado á ejercer un oscuro oficio en aquellos mismos lugares donde sus antepasados habían empuñado el cetro. Es necesario que se abandone en manos de la suerte, que se exponga á los caprichos, á las burlas y desprecios de los últimos de su nación, y que les agradezca el que quieran servirse de sus brazos, pagar sus sudores: ¡tal es el estado en que le ha colocado la Providencia! Y sin embargo, lejos de quejarse se regocija de ello y acepta las humillaciones de este estado. Jamás se le oye hablar de su abolengo. Quiere mejor pasar por un hombre del pueblo y ser conocido como hijo de uno de los artesanos más vulgares: *Nonne hic est fabri filius?* No busca otra gloria ni tiene otras ambiciones que ocultarse á los ojos del mundo para ser más fiel á su Dios. Pero las gracias que de él recibió fueron quizás para su humildad una prueba más peligrosa aún. José es depositario de un secreto en el que está interesado el género humano entero. Si el manifestara el misterio de un Dios Encarnado, confiado á sus cuidados, ¡cuántas consideraciones podría conquistarse con ello al mismo tiempo que obtendría para Jesucristo los más justos homenajes! ¿Por qué no lo manifiesta al menos á sus amigos de confianza? Parece que así debía hacerlo para la mayor gloria de Dios y el cumplimiento de sus desig-

nios. El Mesías deseado por tantas generaciones no había por cierto bajado á la tierra para permanecer ignorado; era menester que tarde ó temprano se diera á conocer: ¿podía serlo demasiado pronto...? ¡Cuántos motivos para hablar! ¡Qué de pretextos le hubiera sugerido un amor propio ingenioso en ocasión tan delicada...! Pero José calla. El no está encargado de publicar la venida del Mesías; al contrario, está encargado de ocultarle con su propia oscuridad hasta el día fijado para su manifestación. El se encierra en el misterio que le ha sido confiado y se contenta con gozar en silencio de su felicidad.

¡Oh José! yo reverencio en vos las tinieblas en las cuales se oculta la Divina Majestad: *Posuisti tenebras latibulum tuum*. Vuestra gloria tan sólo es patente á los ojos del Señor y de sus ángeles; porque los hombres no son dignos de apreciarla. Obtenedme la gracia de comprender y gustar aquella máxima que Vos habéis practicado con tanta perfección, y que yo no puedo leer sin que tiemble mi orgullo: *Ama nesciri et pro nihilo reputari*. Obtenedme aquella humildad que es el más bello ornamento del sacerdocio, el principio de todas las gracias, la fuente de todos los bienes: *Humilitas sacerdotum gemma* (1).— *Nulla splendidior gemma..... humilitate* (2)— *Sancta humilitas exhibet præsulem possessorem sui, acceptum Deo, hominibus charum, dignum celo, angelorum socium, præditum sanctitate, receptaculum paracleti, contemptorem mundi, diaboli victorem* (3).

PUNTO III

Esperanza de San José

Las contradicciones y reveses sólo sirven para afirmarla y hacerla más inquebrantable. De él se puede decir como del padre de los creyentes que esperó con-

(1) S. Laur. Just.

(2) S. Bern.

(3) S. Laur. Just. *De inst. et regim. præl. c. 21.*

tra toda esperanza (1). La pobreza de su condición fué la menor de las pruebas, tanto lo había elevado su fe viva por encima de las cosas de la tierra. Sólo la sentía por las privaciones y sufrimientos que le era forzoso imponer á Jesús y á María. ¡Oh cuánto sentiría en Belén no poder ofrecer otro alojamiento que un establo abandonado á Aquella á la cual el Mesías había escogido por Madre suya y que estaba á punto de darle á luz. Tampoco en este caso le faltó su confianza en Dios, y jamás quedó mejor justificada: esta noche tan tristemente comenzada inundará de inefable consuelo el corazón de María y de José.

Cuando le mandó el ángel partir para Egipto, ¿se cuidó por ventura de preguntar quién le serviría de guía, quién proveería para los gastos del viaje, quién le proporcionaría los medios para alimentar al Niño y á su Madre en un lugar donde se encontraría sin recurso alguno? Ni tampoco preguntó cuánto había de durar este destierro: le basta saber que Dios lo manda.

Pero la más dolorosa de todas las pruebas fué sin duda alguna la cruel perplejidad en que le pusieron las consecuencias de un misterio que él todavía ignoraba. ¿Qué hacer? ¿Qué partido tomar? Recorre á la oración; se vuelve á Dios.... No, no será abandonado en una aflicción tan justificada. ¡Qué instante tan dichoso aquel en que el ángel del Señor vino á decirle: *Joseph, fili David, noli timere accipere Mariam conjugem tuam; quod enim in ea natum est, de Spiritu sancto est!*

¡Oh, santa esperanza, virtud de las almas grandes! tú eres en modo particular la virtud de los hombres apostólicos: *Magna audent quia magni sunt*, dice San Bernardo. Cuando por orden de Dios hemos emprendido alguna cosa, no son los peligros ni las contrariedades lo que debemos temer, sino nuestra propia pusilanimidad. *Omnia possum in eo qui me confortat*: ¡hé ahí al Sacerdote guiado por la fe! Seguro de que hace la voluntad de Dios se sobrepone á

(1) *Contra spem in spem credidit.* (Rom., IV, 18.)

todas las contrariedades y á todas las pretendidas imposibilidades. Goza de un secreto placer cuando se ve despojado de todo apoyo humano, porque entonces se entrega por completo en los brazos de la Providencia. Acordémonos de un San Francisco Javier, de un San Vicente de Paúl y de tantos otros. Nada honra tanto á la omnipotencia de Dios como la omnipotencia que da á los que en El confían. *Nihil omnipotentiam Dei clariorem reddit, quam quod omnipotentes facit omnes qui in se sperant* (1). ¿Por qué habré, pues, rehusado por tanto tiempo el mérito y las dulzuras de una virtud que infunde en el alma del que la goza tanta paz, tanto vigor y tantos consuelos? *Qui omnem sollicitudinem suam in Deum jactat, habet ipsum Dominum in provisorem* (2).—*Cujus est fortitudo Dominus, tam non cadit quam non cadit Dominus* (3). *O spes, tu omnia portare facis dulciter et suaviter* (4). San Lorenzo Justiniano dice de la esperanza: *Ipsa est in labore requies, in æstu temperies, in fletu solatium* (5).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Fe viva de San José*.—El haber creído formó la felicidad de María; lo mismo se puede decir de San José. El cree á pesar de las obscuridades, á pesar de las aparentes imposibilidades. Dios recompensa su fe con íntimas comunicaciones que le hacen avanzar en el conocimiento de los misterios. De ahí procede esa profunda piedad con que adora al niño Jesús, al mismo tiempo que manda en El; de ahí esa dulce y continua contemplación.

PUNTO SEGUNDO.—*Humildad de San José*.—Hubo de luchar contra las humillaciones á que fué sometido, y contra los favores celestiales de que fué colmado. Oriundo de

(1) S. Bern., LXXXV. *Serm. in Cant.*

(2) S. Bonav.

(3) S. Aug. in p. CXVII.

(4) Id.. *Serm. X ad fratres erem.*

(5) *Trac. de spe. c. II.*

la más ilustre familia del universo; y en lugar de tener centro como muchos de sus antepasados, se veía reducido á ganarse el sustento con el sudor de su frente, como el último de los artesanos. Pero José acepta con gusto esta oscura condición. Más resplandeció todavía su humildad en las insignes gracias de que Dios le colmó. Ni su augusta unión con la Madre de Dios, ni los sublimes oficios que fueron consecuencia de ella, fueron parte para hacerle olvidar su nada. ¿De qué consideraciones no hubiera sido objeto, si hubiera revelado el glorioso misterio que le había sido confiado! Pero se guardó bien de hablar de ello.

PUNTO TERCERO.—*Esperanza de San José*.—Las contrariedades le fortifican lejos de desanimarle. Y en Belén, donde no encuentra alojamiento, y en la huida á Egipto, y á la vuelta, José espera contra toda esperanza. Por eso su confianza quedó siempre justificada. ¡Oh! ¡qué alegría no hubo de causarle el ángel cuando le dijo: No titubees en tomar á María por Esposa!

MEDITACIÓN LXXVIII

21 de Marzo.—SAN BENITO

Si la fiesta de este día es en modo especial querida para el estado religioso, por haber sido el santo que se festeja el encargado de formar las reglas y comunicarles su espíritu, no lo es menos para el sacerdocio encargado de formar y dirigir á almas religiosas y á todas aquellas que son llamadas á la perfección. Nació este Santo hacia el año 480, en el ducado de Espoleto, de padres distinguidos por su nobleza y por sus muchas riquezas. Enviado á Roma á la edad de siete años, hizo rápidos progresos en las ciencias humanas, y mayores aún en la ciencia de la salvación. Cuando llegó á la edad de quince años, vió una gruta semejante á una tumba: moró en ella por tres años, sin otro testigo de su apartamiento, que un hombre caritativo que todas las semanas le llevaba algunos pedazos de pan. Mientras tanto, otros monjes de los lugares vecinos llegaron á descubrirle, y